

pero éste, sin tomarse el tiempo necesario para recibir dicha orden, emprendió su marcha. Otro motivo también contribuyó á que así lo hiciese: había hecho Alejandro que se le invitase para asistir á su coronación, pero el ministro Panin no le transmitió la invitación. Llegó el día en que se suscitó una explicación sobre este suceso, y el emperador, ofendido del desprecio que se había hecho de sus órdenes, mandó á Panin que se retirase á sus haciendas y puso en su lugar á Mr. Kotschoubey, uno de los miembros de su consejo secreto. Sirvióle esto al joven emperador para empezar á emanciparse de los personajes que habían contribuido á su elevación y que querían arrastrarle hacia un sistema político exclusivamente inglés. Todo, pues, anunciaba que se volvería á entrar en buenas relaciones con Rusia, y los miramientos delicados y lisonjeros del primer cónsul no podían menos de hacer más cierto este resultado.

Estos diversos tratados que completaban la paz del mundo fueron firmados casi al mismo tiempo que los preliminares de Londres. La satisfacción pública llegó á su colmo, y se decidió celebrar la paz general con una gran festividad. Señalóse para ésta el 18 brumario; no podía escogerse mejor día, puesto que sólo á la revolución del 18 brumario debían atribuirse tan grandes resultados. Tocóle asistir á ella á lord Cornwallis, y llegó á París el 16 brumario (7 de noviembre) con muchos de sus compatriotas. Apenas se firmaron los preliminares empezaron á menudear en casa de Mr. Otto las pretensiones de pasaportes para Francia. Habíansele enviado trescientos: no bastaron y fué necesario remitirle un número ilimitado de ellos. Igual premura mostraron en obtener salvoconductos los buques destinados á traernos mercaderías inglesas y á llevarse las nuestras. Accedióse á todas estas peticiones con la mejor voluntad, y halláronse inmediatamente restablecidas las relaciones recíprocas con una prontitud y un ardor increíbles.

El 18 brumario estaba París lleno de ingleses impa-

cientes de ver á esta nueva Francia cubierta tan de repente de prosperidad y gloria, y sobre todo de contemplar al hombre que en aquel momento causaba la admiración de Inglaterra y del universo. El ilustre Fox entraba en el número de los ingleses impacientes por visitar la Francia. El día de aquella festividad, tan memorable para el júbilo pacífico de todas las clases de ciudadanos, se prohibió la circulación de los carruajes; sólo se exceptuó de esta medida general al de lord Cornwallis, y el gentío abría calle con respetuoso miramiento al noble representante de los ejércitos ingleses que venía á autorizar la paz de su nación con la nuestra. Sorprendido quedó al ver la Francia tan diversa del cuadro espantable y horroroso que de ella trazaban los emigrados en Londres. Todos sus compatriotas participaban de la misma emoción, y la expresaban con admiración sencilla.

Mientras se celebraba esta festividad en París, dábale en la ciudad de Londres un banquete suntuoso, en el cual resonaban entre las más entusiastas aclamaciones los siguientes brindis:

¡Al rey de la Gran Bretaña! ¡Al príncipe de Gales!

¡A la libertad y á la prosperidad del reino unido de la Gran Bretaña é Irlanda!

Al primer cónsul Bonaparte, á la libertad y á la felicidad de la república francesa.

Acompañaron á este último brindis estrepitosas y unánimes aclamaciones.

Estaba hecha la paz de la Francia con todas las potencias del orbe. Quedaba por hacer una sola paz, quizás más difícil que las precedentes por cuanto exigía la intervención de un genio muy diverso del genio de las batallas, y era también muy deseable, puesto que sólo ella había de restablecer la tranquilidad de las conciencias y la unión de todas las familias; esta paz era la de la república con la Iglesia. Es llegado, pues, el momento de narrar las trabajosas negociaciones que para lograrla se entablaron con el representante de la Santa Sede.

LIBRO DUODÉCIMO

CONCORDATO

La Iglesia católica durante la revolución francesa. — Constitución civil del clero decretada por la Asamblea Constituyente. — Esta Constitución se había propuesto asimilar la administración de los cultos á la del reino, establecer un diócesis en cada departamento, hacer que los fieles eligiesen á los obispos y dispensar á éstos de la institución canónica. — Juramento exigido al clero de observar dicha Constitución. — Negativa de jurarla y cisma. — Diversas categorías de clérigos, sus cargos y su influencia. — Inconvenientes que este estado de cosas ofrecía. — Pretextos que suministraba á los enemigos de la revolución para introducir la discordia en el Estado y en las familias. — Sistemas propuestos para atajar este mal. — Sistema de inacción. — Sistema de una Iglesia francesa haciendo cabeza de ella al primer cónsul. — Sistema de fomentar el protestantismo. — Opiniones del primer cónsul sobre los varios sistemas propuestos. — Concibe el proyecto de restablecer la religión católica ajustando su disciplina á las nuevas instituciones de Francia. — Pretende la deposición de los antiguos obispos titulares, una circunscripción comprensiva de 60 sedes episcopales en vez de 158, la creación de un nuevo clero compuesto de sacerdotes respetables de todas las sectas, la pertenencia de la policía de los cultos al Estado, un salario para los curas de almas en vez de una dotación territorial, y por último la confirmación de las ventas de bienes nacionales por la Iglesia. — Relaciones amistosas entre el papa Pío VII y el primer cónsul. — Monseñor Spina, encargado de negociar en París, retrasa la negociación con una mira temporal por parte de la Santa Sede. — Deseo secreto de recobrar las Legaciones. — Monseñor Spina conoce finalmente la necesidad de concluir pronto. — Su entrevista con el cura Bernier, comisionado por parte de la Francia. — Dificultades del plan propuesto á la corte romana. — El primer cónsul envía su proyecto á Roma y solicita del papa explicaciones. — Consulta de tres cardenales. — Después de esta consulta pretende el papa que se declare la religión católica como religión del Estado, que se le dispense de deponer á los antiguos titulares, y de consagrar la venta de los bienes de la Iglesia de una manera explícita, etc. — Debates con Mr. de Cacaull, ministro de Francia en Roma. — Cansado el primer cónsul de la lentitud de la negociación, manda á Mr. de Cacaull que salga de Roma en el término de cinco días si en éste no queda adoptado el Concordato. — Temores del papa y del cardenal Consalvi. — Mr. de Cacaull sugiere al gobierno pontificio la idea de enviar á París al cardenal Consalvi. — Partida de éste para Francia, y sus temores. — Su llegada á París. — Benévola acogida del primer cónsul. — Conferencias con el cura Bernier. — Avenencia en cuanto al principio de una religión para el Estado. — Declárase la religión católica como religión de la mayoría de los franceses. — Acéptanse con algunas variantes de redacción todas las demás condiciones del primer cónsul relativas á la deposición de los antiguos titulares, á la nueva circunscripción y á la venta de los bienes de la Iglesia. — Avenencia definitiva sobre todos los puntos. — Esfuerzos hechos en el último momento por los enemigos del restablecimiento de los cultos para impedir que el primer cónsul firmase el Concordato. — Tesón de éste. — Firma otorgada el 15 de julio de 1801. — Regreso del cardenal Consalvi á Roma. — Satisfacción del papa. — Solemnidad de las notificaciones. — Elección del cardenal Caprara para legado á latere. — Deseo del primer cónsul de celebrar el 18 brumario la paz con la Iglesia juntamente con la paz hecha con todas las potencias europeas. — La necesidad de dirigirse á los antiguos titulares para obtener su dimisión ocasiona cierta tardanza. — Solicita el papa de todos los antiguos obispos, constitucionales y no constitucionales, que hagan su dimisión. — Prudente sumisión de los constitucionales. — Noble resignación de los miembros del antiguo clero. — Contestaciones memorables. — Sólo oponen resistencia los obispos retirados en Londres. — Dispónese todo para el restablecimiento del culto en Francia, pero una fuerte oposición procedente del tribunalado da margen á nuevas dilaciones. — Necesidad de triunfar de esta oposición antes de pasar adelante.

Mucho hubiera deseado el primer cónsul que el día aniversario del 18 brumario, consagrado á celebrar la reconciliación de Francia con Europa, pudiera destinarse también á celebrar su reconciliación con la Iglesia. Hizo los mayores esfuerzos para que las negociaciones con la Santa Sede terminasen en tiempo oportuno y para que las ceremonias religiosas coincidiesen con las fiestas populares; pero es aún menos fácil tratar con las potencias espirituales que con las potencias temporales, porque para lo primero no basta ganar batallas; y es justa gloria del pensamiento humano el no poder ser vencido sino por la fuerza auxiliada con la persuasión. Esta difícil obra de persuasión y fuerza reunida fué la que emprendió el vencedor de Rívoli y de Marengo con respecto á la Iglesia Romana, para reconciliarla con la república francesa.

La revolución, ya varias veces lo hemos apuntado, se excedió de su objeto en muchas cosas; hacerla re-

troceder en éstas solamente, y obligarla á ceñirse á su verdadero objeto, era una reacción legítima y saludable que el primer cónsul había emprendido, y que á la sazón hacían admirable la sabiduría y habilidad de los medios que empleaba para llevarla á cabo.

La religión era evidentemente uno de los objetos para con los cuales había infringido la revolución todos los principios justos y racionales; ningún otro merecía más cumplida reparación.

Había existido bajo la antigua monarquía un clero poderoso, dueño de una gran parte del territorio francés, exento de todas las cargas públicas, que sólo cuando le parecía hacía al Tesoro real sus donativos voluntarios, constituido en poder político, y formando uno de los tres brazos que en los Estados Generales representaban la voluntad nacional. La revolución arrancó de cuajo con todo el clero, sus bienes, sus privilegios y su influjo; arrebatólos su torrente á una con la nobleza, los parla-

mentos y el mismo trono. Imposible era que no sucediese así. Un clero propietario y constituido en poder político podía convenir á la sociedad de la Edad Media, y ser entonces útil á la civilización; pero en el siglo XVIII era inadmisibles. La Asamblea Constituyente hizo bien en abolirlo, y en poner en su lugar un clero consagrado únicamente á las funciones del culto, extraño á las deliberaciones del Estado y retribuido por éste en vez de ser propietario. Pero era mucho exigir de la Santa Sede que aprobase semejante cambio: para lograrlo era preciso no traspasar aquel límite, y no suministrar un pretexto fundado para decir que se atacaba á la misma religión en su esencia sagrada é inmutable. La Asamblea Constituyente, llevada por su afición á la regularidad, tan natural en todos los reformadores, asimiló sin titubear la administración de la Iglesia á la del Estado. Las diócesis hasta entonces habían sido ó demasiado extensas ó demasiado reducidas, y queriendo dicha Asamblea que la división territorial eclesiástica coincidiese con la administrativa, creó una diócesis por cada departamento. Haciendo electivas todas las funciones civiles y judiciales, quiso también que lo fuesen las funciones eclesiásticas, y esta disposición era en su concepto como una especie de feliz retroceso á los tiempos de la Iglesia primitiva en que los obispos eran elegidos por los fieles. Se extendió su rasero á la institución canónica: suprimió la confirmación de los obispos por el papa, y de todas estas disposiciones formó lo que se denominó después constitución civil del clero. Los que esto hacían estaban animados de sanas intenciones: eran por lo común fervidos jansenistas, pero de miras limitadas, engolfados en sus disputas teológicas, y por consiguiente muy peligrosos para el manejo de los negocios humanos. Para completar su error exigieron del clero francés que prestase juramento á la constitución civil. Con esto se suscitaba un verdadero caso de conciencia para los clérigos sinceros y un pretexto para los malévulos; era en suma preparar un cisma. Roma, resentida ya de la caída del trono, se mostró en breve encolerizada por el amago dirigido al altar. Prohibió el juramento: una parte del clero, fiel á su voz, se negó á prestarlo; otra parte consintió, y formó, bajo el nombre de *clero juramentado* ó constitucional, el clero reconocido por el Estado, único admitido á ejercer las funciones del culto. No habían aún empezado las proscripciones contra los clérigos, bastó por entonces despojar á unos del ejercicio del sacerdocio y conferírsele á otros; pero los fieles daban generalmente su preferencia á los clérigos excluidos, porque la conciencia religiosa es puntillosa, se alarma con facilidad y desconfía principalmente del poder. Dirigiase ésta hacia los eclesiásticos que pasaban por ortodoxos y que parecían perseguidos, y alejábbase por instinto de los otros cuya ortodoxia daba lugar á dudas y que contaban con el apoyo del gobierno. Resultó, pues, haber á la sazón dos cultos, uno público y otro clandestino, y éste más seguido que aquél. Las pasiones enemigas de la revolución formaron liga con la religión ofendida y la precipitaron en los errores del espíritu de facción. De un cisma se pasó al punto en los campos de la Vendée á una guerra civil tremebunda. No quedó atrás la revolución, y de la simple privación de funciones eclesiásticas pasó en poco tiempo á la persecución. Proscribió y deportó á

los sacerdotes; siguió después la abolición de todos los cultos y la proclamación del Ser Supremo; entonces todos los clérigos, sumisos ó no á las leyes, juramentados ó no juramentados, fueron tratados del mismo modo y enviados al mismo cadalso donde realistas, constituyentes, girondinos y montañeses subían todos á morir juntamente.

Cesó bajo el Directorio la proscripción sangrienta, y un régimen vario, propenso unas veces á la indiferencia y otras al rigor, mantuvo en un estado de ansiedad á la Iglesia proscrita. El primer cónsul, que con su poder y con la evidencia de sus proyectos reparadores tranquilizaba á todos los que habían padecido por cualquier motivo que fuese, hizo salir de sus ocultos asilos y llamó de su destierro á los ministros del culto. Pero al sacarlos á luz hizo el cisma más sensible, y quizás más deforme todavía; para superar la dificultad del juramento, cesó de exigirlo, y le substituyó una mera promesa de sumisión á las leyes. Esta promesa, que no podía alarmar la conciencia de los ministros del culto, facilitó su regreso, pero agregó en cierto modo nuevas escisiones á las que ya existían, creando una categoría más en el seno del clero.

Había, pues, clérigos constitucionales ó *juramentados*, revestidos legalmente de funciones sacerdotales, y gozando del uso de los edificios religiosos que les fueron devueltos en virtud de un decreto consular. Había clérigos *no juramentados*, los cuales se negaron en todo tiempo á prestar juramento, y que después de haber vivido desterrados y en las cárceles volvieron á aparecer en masa desde los primeros días del consulado; pero éstos oficiaban en las casas particulares, y declaraban herético el culto público que se practicaba en las iglesias. Por último, estos clérigos no juramentados se dividían en clérigos que no habían prestado su *promesa* y en clérigos que se habían resignado á prestarla. Estos últimos no merecían la aprobación completa de los ortodoxos. Se recurrió á Roma, y esta corte, por consideración al primer cónsul, rehusó entrar en explicaciones; mas el cardenal Maury, retirado en los Estados Pontificios, donde fué hecho obispo de Montefiascone, que servía de intermedio entre el papa y el partido realista, y que no quería, al menos por entonces, cooperar á la sumisión de los clérigos al nuevo gobierno, interpretó el silencio de Roma, y envió á Francia cartas improbativas sobre el asunto de la *promesa* que ocasionaron nueva turbación en las conciencias.

Todos estos clérigos, divididos de esta suerte, tenían cada cual su jerarquía. Los constitucionales obedecían á los obispos elegidos bajo el régimen de la constitución civil. De estos obispos habían muerto algunos, unos naturalmente y otros con violencia; los muertos habían sido substituídos por obispos que, no pudiendo ser regularmente elegidos por causa de la proscripción que pesaba sin distinción sobre todos los cultos, ó habían usurpado sus poderes ó se habían hecho elegir en capítulos clandestinos por banderías religiosas privadas de toda autoridad legal y moral. Resultaba de esto que los poderes de los mismos obispos constitucionales, desde el punto de vista de la constitución civil, eran en algunos de ellos asunto de contestación y objeto de descrédito. Había en este clero cierto número de sujetos respetables, pero por lo general todos habían per-

dido la confianza de los fieles, porque se sabía que se hallaban en discordia con Roma, y porque tomando parte en las disputas religiosas y políticas de la época habían perdido la dignidad del sacerdocio. En efecto, muchos eran clubistas violentos y sin costumbres; los mejores eran sacerdotes sinceros que el furor jansenista había precipitado en el cisma.

El clero que se suponía ortodoxo tenía también sus obispos, los cuales ejercían una autoridad menos pública, pero más real y muy peligrosa. Casi todos los obispos no juramentados habían emigrado. Vivían en Italia, en España, en Alemania, y sobre todo en Inglaterra, atraídos por los subsidios del gobierno británico (1). Estaban en correspondencia con sus diócesis por medio de los vicarios superiores elegidos por ellos y confirmados por Roma, y gobernaban sus iglesias desde su destierro bajo la influencia de las pasiones á que la expatriación da origen, y aun muchas veces en provecho de los enemigos de la Francia (2). Los que habían muerto, y el número de éstos en los últimos diez años era considerable, estaban substituídos en todas partes por administradores ocultos, revestidos con los poderes de la corte de Roma: de modo que una de las precauciones más sabias y más antiguas de la Iglesia galicana, que consistía en confiar á los cabildos la administración de las diócesis vacantes, y no á los agentes de la Santa Sede, quedaba en completo olvido. De este modo había llegado á perder la Iglesia francesa su independencia estando directamente gobernada por Roma cuando dejaban de gobernarla los obispos cómplices de la emigración (3). De allí á poco tiempo, todos los obispos emigrados debían haber fallecido, y toda la Iglesia francesa quedaba sometida á la autoridad ultramontana.

Hay hombres á quienes apenas hace impresión el aspecto moral de una sociedad desgarrada por mil sectas diferentes; quieren éstos que el gobierno se desentienda de esas contiendas religiosas como si le fueran de todo punto extrañas, ó que las respete como sagradas; no obstante, cosas hay que no permiten esa altanera indiferencia, y menos que nada el trastorno profundo de la sociedad cuando este trastorno amaga convertirse en desorden material.

Todas las clases referidas de clérigos procuraban llamar á sí las conciencias. El clero constitucional tenía poco poder; era tan sólo objeto de recriminaciones para los jacobinos, que tenían la costumbre de decir que se sacrificaba siempre á la revolución, y especialmente en las personas de los únicos sacerdotes que se habían mostrado adictos á su causa, lo que evidentemente no

(1) Sólo en Inglaterra se contaban 14 obispos católicos franceses. Todos llevaban nombres respetados en los anales de la Iglesia de Francia; allí estaban unidos los Perigord, los Boisgelin, los Osmond, los Colbert, los Grimaldi, etc. (N. del T.)

(2) Como que los obispos son inalienables, según las sanas doctrinas del Derecho Canónico, y pertenecen perpetuamente á sus titulares, mal podían evitar los compatriotas ese conflicto. (N. del T.)

(3) ¿Y cuál hubiera sido la independencia de la Iglesia francesa si las sedes vacantes hubieran quedado confiadas, según esas ponderadas libertades galicanas, á unos cabildos compuestos de clérigos heréticos ó dependientes de la autoridad temporal? ¿Cómo había de abandonar Roma el cuidado de sus ovejas á cabildos de *juramentados* y de los que por debilidad habían prestado la *promesa*? (N. del T.)

podía remediar el gobierno, puesto que no dependía de él el disponer de los fieles en favor de este ó del otro clero. Pero el clero reputado como ortodoxo obraba sobre las conciencias en un sentido enteramente contrario al orden establecido. Procuraba tener apartados del gobierno á todos los que tenía á reconciliar con el primer cónsul el cansancio de las disensiones civiles. Si hubiera estado en su mano suscitar nuevamente las pasiones en la Vendée, de seguro lo hubiera hecho. Aún conservaba y mantenía en aquella tierra sordas desconfianzas y cierta especie de descontento. Insurreccionaba cautelosamente el Mediodía, menos sumiso que la Vendée, y en las montañas del centro de la Francia reunía tumultuosamente las poblaciones en torno de los curas ortodoxos. Por todas partes alarmaba aquel clero las conciencias é introducía la zozobra en las familias, persuadiendo á todos los que habían recibido el bautismo ó el sacramento matrimonial de mano de los *juramentados* que no estaban comprendidos en el seno de la verdadera grey católica, y que debían casarse y hacerse bautizar de nuevo si querían ser verdaderos cristianos y salir del amancebamiento. De este modo quedaba puesto en duda, no ya bajo el aspecto legal, sino desde el punto de vista religioso, el importante estado de familia. Había más de diez mil clérigos casados que arrastrados por el vértigo de la época y aun inducidos por el terror habían buscado en el matrimonio, unos la satisfacción de pasiones que no sabían reprimir y otros un perjurio que los libertaba del cadalso. Eran esposos, padres de numerosas familias, y la preocupación pública los condenaba mientras no se les procurase el perdón de la Iglesia.

Los compradores de bienes nacionales, que eran entre todos los ciudadanos los que el gobierno tenía más interés en proteger, vivían también en una zozobra y opresión continua (4). Véanse á la hora de la muerte asediados por pérfidas sugestiones y amenazados con una condenación eterna si no consentían en transacciones y expoliaciones leoninas. La confesión venía á ser de este modo un arma poderosa de que se servían los emigrados para menoscabar la propiedad, el crédito público, y en una palabra uno de los principios más esenciales de la revolución, cual era la inviolabilidad de las ventas nacionales. La policía del Estado y las leyes eran igualmente impotentes contra los males de este género.

No eran estos desórdenes de aquellos que los gobiernos pueden mirar con indiferencia. Cuando las sectas religiosas no producen más consecuencia que pulular en un suelo vasto como el de América y sucederse hasta lo infinito sin dejar en pos más que el recuerdo pasajero de invenciones ridículas ó de prácticas indecorosas, ya

(4) Nada tiene de extraño que los clérigos ortodoxos causasen con sus amonestaciones alguna turbación en la paz de las familias; más efecto aún produjo la palabra de San Pablo en Ananías, pues le dió la muerte. ¿Pero qué lógica, humana ni divina, autoriza á deducir de aquí que San Pablo abusó de su divino apostolado? Pues no tiene mayor fundamento Mr. Thiers para suponer que los clérigos ortodoxos abusaban de su sagrado ministerio por entretener con la palabra de la verdad á los fieles, diciéndoles que los sacramentos que habían recibido de manos de los que no se hallaban instituídos para administrarlos eran inválidos. En cuanto á los compradores de bienes nacionales, lo más probable es que su zozobra procediese de sus propias conciencias. (N. del T.)

se concibe hasta cierto punto que el Estado permanezca indiferente é inactivo. Presenta entonces la sociedad un aspecto moral triste, pero el orden público no recibe seriamente daño. No sucedía así en la vieja sociedad francesa en 1801. No se podía sin inmenso peligro dejar el gobierno de las almas en poder de facciones enemigas: no se podía dejar en sus manos la tea de la discordia civil con facultad para agitarla cuando les pluguiese en el suelo de la Vendée, de la Bretaña y de las Cevennes; no se les podía permitir que turbasen el reposo de las familias, que asediasen en su lecho á los moribundos para arrancarles las más inicuas estipulaciones, que pusiesen en duda el crédito del Estado, y que finalmente atacasen á una clase entera de propiedades cuya inviolabilidad había prometido la revolución asegurar perpetuamente.

Las ideas del primer cónsul sobre la constitución de las sociedades eran demasiado exactas y profundas para que pudiera contemplar con indiferencia los desórdenes religiosos de la Francia en aquella época, y tenía además para tratar de remediarlos motivos más poderosos aún que los que acabamos de indicar, si es que puede tener algo mayor importancia que el orden público y el reposo de las familias.

Toda asociación humana necesita una creencia religiosa y un culto. El hombre lanzado en medio de este universo sin saber de dónde viene ni adónde va, por qué sufre, por qué existe y qué recompensa y castigo recibirán las prolongadas agitaciones de su vida; cercado por las contradicciones de sus semejantes que le dicen, unos que hay un Dios autor sabio y profundo de todas las cosas; otros, que no le hay; éstos, que hay un bien y un mal que le deben servir de regla de conducta; aquéllos, que no hay ni bien ni mal y que estas son puras invenciones de los dominadores de la tierra; el hombre, en medio de tales contradicciones, experimenta la necesidad imperiosa é irresistible de formarse sobre todos estos objetos una creencia fija. Sea verdadera ó falsa, sea sublime ó ridícula, él se la formará sin remedio. En todas partes, en todo tiempo, en todo clima, así en la antigüedad como en la época moderna, así en los países civilizados como en las regiones salvajes é incultas, siempre encontramos al hombre prosternado ante los altares, venerando los unos, innobles y sanguinarios los otros. Cuando una creencia establecida deja de reinar, mil sectas cebadas en la disputa como en América, mil supersticiones vergonzosas como en la China, conmueven ó degradan la mente humana. Y si, como en Francia en el año 93, una conmoción pasajera convierte en ruinas la antigua religión del país, el hombre en el instante mismo en que está formando el propósito de no volver á creer en cosa alguna, se desmiente á sí propio á la vuelta de unos cuantos días, y el culto insensato de la diosa Razón, inaugurado junto al cadalso, viene á probar que aquel propósito fué tan vano como impío.

Juzgando, pues, al hombre por su conducta ordinaria y constante, la creencia religiosa es en él una necesidad. Y si esto es así, ¿qué cosa mejor puede desearse por una sociedad civilizada, que una religión nacional fundada en los verdaderos sentimientos del corazón humano, conforme con las reglas de una moral pura, consagrada por el tiempo, y que sin tolerancia y sin perse-

cución reuna, si no á todos, al menos á la mayor parte de los ciudadanos al pie de un altar antiguo y respetado?

Una creencia semejante no puede inventarse cuando no cuenta siglos enteros de existencia. Los filósofos, aun los más sublimes, pueden crear una filosofía y conmover consu ciencia el siglo que ilustran con su nombre; pueden hacer pensar, pero no pueden hacer creer. Un guerrero cubierto de gloria puede fundar un imperio, pero no fundar una religión. Que en los tiempos antiguos hayan podido algunos sabios ó algunos héroes sojuzgar el espíritu de los pueblos é imponerles una creencia atribuyéndose relaciones directas con el cielo, varias veces se ha visto; pero en los tiempos modernos, el que tratase de crear una religión nueva pasaría por un impostor, y envuelto en el terror como Robespierre ó rodeado de gloria como el joven Bonaparte, no conseguiría más que hacerse ridículo.

Nada había que inventar en el año de 1800. La creencia pura, moral y antigua, existía ya: era la venerada religión de Cristo, obra de Dios según unos, obra de los hombres según otros, pero según todos obra profunda de un reformador sublime: este reformador había sido comentado por espacio de diez y ocho siglos por los concilios, numerosas agregaciones de las más elevadas inteligencias de cada época, ocupadas en discutir bajo el nombre de herejías todos los sistemas filosóficos, adoptando sucesivamente sobre cada uno de los grandes problemas del destino del hombre las opiniones más plausibles y más sociales, adoptándolas, por decirlo así, por la mayoría del género humano, llegando por último á producir ese cuerpo de doctrina, unas veces contestada, otras triunfadora, pero siempre invariable, llamada UNIDAD CATÓLICA, á cuyos pies se han prosternado los más arrogantes genios. Existía esa religión que había reunido bajo su imperio á todos los pueblos cultos, formado sus costumbres, inspirado sus cantos, suministrado asunto para sus poemas y sus estatuas, impreso su huella en todos los recuerdos nacionales, marcado con su señal sus banderas alternativamente vencidas y vencedoras. Había desaparecido momentáneamente en un gran naufragio de la mente humana; pero pasada la tormenta, renacida la necesidad de creer, había despuntado otra vez en el fondo de las almas como creencia natural é indispensable de la Francia y de la Europa.

¿Qué cosa había más indicada y más necesaria en 1800 que volver á levantar ese altar de San Luis, de Carlomagno y de Clodoveo, un monumento derribado? El general Bonaparte, que se hubiera hecho ridículo si intentara pasar por profeta ó revelador, cumplía con la verdadera misión que le asignaba la Providencia restaurando con sus manos victoriosas ese altar venerando y llamando á él con el ejemplo á las poblaciones por algún tiempo dispersas. Para semejante obra no se requería nada menos que toda su gloria. Algunos grandes genios, no sólo filósofos, sino también reyes, como Voltaire y Federico, habían cubierto de menosprecio la religión católica, dando por decirlo así el tono de la burla y del escarnio por espacio de cincuenta años. Sólo el general Bonaparte, que tenía tanto talento como Voltaire y más gloria que Federico, podía derrocar con su ejemplo y su respeto los sarcasmos del último siglo.

Sobre este asunto no hubo en su mente la más leve duda; su firme resolución de restablecer la religión católica sobre su antigua base, exceptuadas las atribuciones políticas que consideraba como incompatibles con el estado actual de la sociedad francesa, nació en él de la doble idea de restablecer el orden en el Estado y en la familia y de satisfacer la necesidad moral de las almas.

Siendo tales los motivos que le dirigían, ¿qué necesidad hay de investigar si obraba por una inspiración de fe religiosa ó bien por política y ambición? Obraba por sabiduría, es decir, por causa de su profundo conocimiento de la naturaleza, y esto basta. Lo demás es un misterio que la curiosidad, siempre irremediable cuando se trata de un hombre grande, puede intentar descubrir, pero que importa muy poco. Preciso es, no obstante, decir sobre este asunto que el general Bonaparte era por su propia constitución moral propenso á las ideas religiosas. Toda inteligencia superior siente proporcionalmente á su misma superioridad las bellezas de la creación. La inteligencia es la que descubre inteligencia en el universo, y un gran talento descubre á Dios en sus obras con más facilidad que un talento adocenado. Gustaba el general Bonaparte de discutir las cuestiones filosóficas y religiosas con Monge, Lagrange y Laplace, sabios á quienes honraba y estimaba, y á veces confundía su escepticismo con la lucidez y fuerza original de sus argumentos. Hay que añadir á esto que como nacido en un país inculto y religioso y criado por una madre piadosa, el aspecto del antiguo altar católico despertaba en él los recuerdos de la infancia, siempre poderosos en toda imaginación grande y sensible. Por lo que hace á la ambición, que ciertos detractores suponen haber sido á la sazón el único motivo de su conducta en aquella circunstancia, no tenía otra en aquel momento que la de hacer el bien en todas las cosas; y si creía que el aumento de su poder podría ser el resultado y la recompensa del bien que proporcionaba, justo es perdonárselo, por cuanto no hay ambición más noble y legítima que la que se funda en la satisfacción de las verdaderas necesidades de los pueblos.

La tarea que emprendió, fácil en la apariencia, puesto que se trataba de satisfacer una necesidad pública muy positiva, era sin embargo hartó espinosa. Casi todos los hombres que le rodeaban eran poco propicios al restablecimiento del antiguo culto, y éstos, magistrados unos, guerreros, literatos ú hombres científicos los otros, eran los autores de la revolución francesa, los verdaderos, los únicos defensores de esta revolución á la sazón desacreditada, y aquellos con quienes era preciso terminarla reparando sus faltas, consagrando definitivamente sus resultados racionales y legítimos. El primer cónsul, pues, tenía que hacer frente y contradecir decididamente á sus colaboradores, á sus arrimos, á sus amigos. Éstos, sacados de las filas de los revolucionarios moderados, no habían como Robespierre y Saint-Just derramado sangre humana, y érales fácil desaprobar los grandes excesos de la revolución; pero habían participado de los errores de la Asamblea Constituyente y repetido los chistosos sarcasmos de Voltaire, y no era fácil hacerles confesar que habían ignorado mucho tiempo las verdades más sublimes del orden social. Los

sabios Laplace, Lagrange, y sobre todo Monge, decían al primer cónsul que iban á humillar delante de Roma la dignidad de su gobierno y de su siglo; Rœderer, el más ardiente monárquico de la época, el que pedía el retroceso á la monarquía cuanto antes y de la manera más completa posible, veía no obstante con pesar el proyecto de restablecer el antiguo culto; el mismo Talleyrand, el panegirista asiduo de todo cuanto podía contribuir á amalgamar el presente con lo pasado y Francia con el resto de Europa, el autor celoso y eficaz aunque segundo de la paz universal, miraba sin embargo con bastante frialdad lo que se llamaba paz religiosa. Aprobaba que no se persiguiera más á los clérigos; pero inducido por sus circunstancias personales y sus recuerdos, no podía desear que se restableciese la antigua Iglesia católica con sus reglas y su disciplina. En cuanto á los compañeros de armas del general Bonaparte, generales que habían hecho la guerra bajo sus órdenes, desprovistos la mayor parte de educación elemental, avezados á las chanzas vulgares de la vida de campaña y á las declamaciones de los clubs, eran contrarios á la restauración del culto. Aunque rodeados de gloria, parecían temerosos del ridículo que podrían echarse encima por prosternarse al pie de los altares. Finalmente, los hermanos del general Bonaparte, acostumbrados á alternar con los escritores y letrados de la época embebidos aún en las doctrinas del último siglo, recelosos de que pudiera menoscabarse el poder de su hermano con todo lo que tuviese apariencias de oponer una resistencia formal, y no acertando á ver que más allá de la resistencia interesada ó poco ilustrada de los hombres que rodeaban al gobierno había una necesidad real y ya sentida por las masas populares, procuraban por todos sus medios disuadirle de un paso que consideraban como una reacción imprudente ó prematura.

Asediaban, pues, al primer cónsul consejos de toda especie: decíanle los unos que no se entrometiese en asuntos religiosos, que se limitase á no perseguir más á los clérigos y á dejar que los *juramentados* y *no juramentados* se entendiesen como pudieran: los otros, reconociendo los males de la indiferencia y de la inacción, le amonestaban á aprovechar la ocasión que se le presentaba de declararse jefe y cabeza de una iglesia francesa, y á no dejar más en manos de una autoridad extraña el inmenso poder de la religión. Otros en fin le proponían introducir en Francia el protestantismo, asegurándole que bastaría que él diera el ejemplo haciéndose protestante para que toda la nación corriera á imitarle.

Resistía el primer cónsul estos vulgares consejos con toda la fuerza de su razón y de su elocuencia. Habíase formado una biblioteca religiosa compuesta de pocos libros, pero escogidos, relativos la mayor parte á la historia de la Iglesia, y sobre todo á las relaciones de la Iglesia con el Estado; hizo que le tradujeran los escritos latinos de Bossuet sobre esta materia; nutrióse con aquella lectura en los breves instantes que le dejaba la dirección de los negocios, y supliendo con su genio á lo que ignoraba, como le sucedió en la composición del código civil, asombraba á todos por la exactitud, la extensión y la variedad de su saber en materias de cultos. Según su costumbre, siempre que le ocupaba algún